

KALASASAYA

por

J. IMBELLONI

CONTENIDO:

1. Dificultad de considerar al Kalasasaya de Tiahuanaco como un monumento único en su género.
2. Breve reseña de los *kalasasaya* de la costa del Perú.
3. ¿Qué es un *kalasasaya*? Su tipología y nomenclatura.
4. Posición tipológica del *kalasasaya* de Tiahuanaco.
5. Los aspectos gramaticales del nombre y el auxilio de la lingüística.
6. Los *kalasasaya* de América en la arquitectura megalítica.

1. *Dificultad de considerar al Kalasasaya de Tiahuanaco como un monumento único en su género.* Cuando se pronuncia la palabra Kalasasaya, la primera imagen que se presentó a la mente de los que cultivan las antigüedades americanas es la del famoso recinto de piedras del campo arqueológico de Tiahuanaco, en Bolivia, sobre cuya forma y significado existe una bibliografía por demás frondosa.

Al lector avisado le incumbe apartar las contribuciones puramente descriptivas, ya antiguas (Cieza, Betanzos, Acosta, Lizárraga, Cobo), ya relativamente modernas (D'Orbigny, Castelnau, von Tschudi, Inwards, Mitre, etc.), ya contemporáneas (Uhle y Posnansky), de los intentos de interpretación y reconstrucción que los mismos Autores y otros cientos más nos legaron. Las primeras resultan de utilidad indiscutible para seguir el desarrollo del conocimiento técnico del monumento desde el siglo XVI hasta nosotros, así como el estado de progresiva adulteración y

decaimiento de sus reliquias. Las últimas, en cambio, son susceptibles de discusión y crítica y en general sólo responden a impresiones personales de sus Autores, los que han tenido por base únicamente las imágenes de su fantasía; los conocimientos adquiridos en estos últimos años en la historia etnológica de los pueblos antiguos, y en la misma arqueología de la América Andina, aconsejan en muchos casos rechazarlas como especulaciones ya superadas.

Una tentativa honrada y cautelosa de tal distinción entre los hechos y las hipótesis puede seguirla el lector en la obra del diligentísimo doctor Abelardo Gallo, impresa en 1925, la que, a pesar de algunas incertidumbres y de la timidez de los juicios definitivos, bien merece que se la preserve del injustificado olvido¹.

Infortunadamente los Autores de la inmensa literatura que mencionamos no han tenido en sus manos el resorte metódico que lograría poner un punto conclusivo a las polémicas y disputas que se han prolongado de un modo tan lamentable. Todos, en efecto, han considerado al Kalasasaya como un monumento apartado, sin conexión posible con otras formas y tipos de arquitectura, y cuando han arriesgado alguna correlación, ha sido siempre de manera vaga e indirecta, esto es, respecto al modo de tratar la piedra y no ya respecto a un modelo o género definido de estructuras. Dado este punto de partida, todas las fantasías y arbitrios reconstructivos tenían derecho a ser defendidos como verídicos, en medida equipolente, y, por última desgracia, en recíproca oposición.

Diré, con la mayor brevedad posible, que el estudio de la arquitectura arqueológica del océano Pacífico y de Indonesia me dió la base para colocar esta incógnita en otra perspectiva, y ya en el mes de noviembre del año 1931, en una carta a mi malogrado amigo el doctor Alberto de Villegas —joven boliviano de grandes esperanzas, prematuramente tronchado durante las hostilidades del Chaco— le escribí que entre los quehaceres más urgentes a los que debía confiarse el resurgimiento del espíritu de investigación en ese noble país —el que largo tiempo había quedado adormecido por los grandes carteles que proclamaban “todo está

(1) GALLO ABELARDO, *Las ruinas de Tiahuanaco, exposición y examen de las más importantes doctrinas arqueológicas*; en “*Revista de la Univ. de Buenos Aires*”, II Serie, Sección V. tomo I, pp. 45-151, Buenos Aires, abril de 1925.

ya hecho” y “nada queda por indagar”— figuraba el examen de todas las construcciones indígenas análogas al Kalasasaya de Tiahuanaco. De vagas noticias, indicios y figuras me había ya formado la convicción que, lejos de ser un monumento aislado y único en su género, el famoso Kalasasaya representase en realidad un ejemplo más o menos embellecido y perfeccionado, de una estructura típica, cuyo modelo esencial fué representativo de un cierto período de la cultura del Perú antiguo, y que en el suelo de Bolivia debía haber otros muchos. De ahí que proclamara urgente la tarea de buscar sus ruinas, individualizarlas en el terreno, hacer el relevamiento de cada uno y luego el repertorio de todos los existentes. A nadie dejé de confiar que, en el fondo, me seducía la idea de poder dedicarme, un día, a la promisoro y noble labor de confrontar esos relevamientos, como escribí al amigo Villegas, para “establecer con fineza tipológica cuál fuese el *quid* esencial de tales estructuras, y cuáles, en cambio, las variaciones individuales referibles al lugar, al capricho de los constructores y a la acción del tiempo, entendida en función del desarrollo estilístico”.

No he perdido actualmente la esperanza de realizar algún día este cotejo que considero tan fundamental. La pérdida de mi antiguo colaborador de La Paz, ha de representar sólo un atraso, no una valla definitiva.

Pero, mientras tanto, el retardo, como suele acontecer en todos los campos de la investigación, ha traído a mi espíritu un providencial intervalo de maduración y fecundación de ideas.

Muchas veces, en efecto, me había preguntado, durante los años entre 1928 y 1939, por qué camino hubiese penetrado hasta el lago Titicaca, es decir, hasta la frontera continental y meridional del vasto ámbito cultural peruano, un tipo de estructura cuya belleza inconfundible lo asimilaba a las construcciones ceremoniales del Asia Inferior oriental y de las islas del Grande Océano. ¿Era posible que una estructura esencialmente Pacífica llegase a asentarse en la sumidad del macizo cordillero sin dejar rastros de su pasaje en las provincias marítimas del Perú?

Nunca pensé que la suerte, aquella misma suerte que me había vedado escudriñar personalmente el territorio de Bolivia, me pondría en condiciones, de manera inesperada por completo, de contemplar y estu-

diar personalmente no uno solo, sino una serie de “recintos de piedras paradas” en la misma costa americana que se baña en el océano Pacífico.

2. *Breve reseña de algunos kalasasaya de la costa peruana.* En la última semana de Agosto de 1939 visité un yacimiento arqueológico del fondo-valle del oasis verdeante del río Virú, el que debía grabarse en mi memoria con recuerdo imperecedero. El punto preciso corresponde a la pequeña quebrada de Queneto, comprendida en la hacienda de Tomabal.

He consagrado una breve monografía¹ a la somera descripción de los monumentos visitados en la localidad de Queneto, y, más que todo, a la publicación de algunas buenas fotografías que tuve la suerte de sacar ya sea en la ruta, ya desde el cerro que domina ese campo arqueológico. No creo necesario repetir aquí todos los datos y observaciones contenidos en ese escrito, sino únicamente los muy principales, y añadirles unas cuantas fotografías inéditas que puedan complementar a las primeras.

Los elementos que en ese escrito fueron analizados son los siguientes: 1° construcciones de piedras con patios centrales, en ruina; 2° murallas en los cerros circundantes; 3° detritos de cerámica esparcidos en el valle; 4° pinturas rupestres sobre gruesos bloques pétreos; 5° un amplio camino embaldosado con lajas, de m. 12,40 de ancho; 6° los dos *kalasasaya* con incluido *menhir* principal; 7° los vasos de cerámica burda y grosera que se encuentran en la prolongación occidental de la plataforma B, y 8° un “abrigo bajo roca” con pictografías y curiosos espaldares de piedra.

Lo que de manera precisa es de interés en este lugar es lo enumerado en el párrafo sexto.

Se trata de dos recintos de piedras que se comunican uno con otro por medio de una especie de pasadizo, o angosto corredor. Hemos indicado con la letra B al que se encuentra en el primer plano de la fotografía, en razón de ser el más antiguo, y con A al que se divisa en el

(¹) IMBELLONI, J., *Visita a algunos Kalasasaya de la costa peruana*; en “*Anales del Instituto de Etnografía*”, Univ. Nac. de Cuyo; tomo III, Mendoza 1942.

fondo, cuyo lado extremo corresponde en el terreno a la dirección del Oriente.

En lo de la forma las dos plazoletas se distinguen por el hecho que la B) es de trazo exactamente cuadrado (m. 27,60 por 27,60) y la segunda, de mayores dimensiones, de trazo rectangular, con el lado mayor en el sentido longitudinal del conjunto (mide m. 32,90 por 43,85).

Por la naturaleza del cerco se distinguen en que el de B) está formado, en sus cuatro lados, por una hilera de gruesas “piedras paradas” dispuestas a intervalos variables, que a su vez están llenados hasta breve altura por una pirca de piedras menores, mientras el cerco de A) consiste en una muralla de piedras y lajas de pequeñas dimensiones dispuestas en aparejo casi regular, a la manera de las pircas mochicas.

Ambas plazoletas están dominadas por un *menhir* colocado en la parte occidental de cada recinto, a lo largo de la línea que divide longitudinalmente el conjunto en dos mitades; la altura del que se levanta en la plataforma B) es de m. 2,74 y la del otro, m. 3,60.

En el recinto B) el monolito se yergue a los 2/3 de su longitud, y en A) a los 3/4. Se encontrarán en mis páginas algunas consideraciones acerca de la compensación que a esta disparidad aporta la inclusión de la cámara de acceso a la plazoleta B), así como el carácter funcional de dicho acceso y del anexo *σρόμος*, y el sentido de la marcha del visitante nativo que acudía al doble recinto desde el valle.

También se encontrará en ese escrito un prospecto en que he intentado distinguir por su antigüedad respectiva los varios elementos de esta zona arqueológica, en el que se atribuye a la época pre-mochica la plataforma B) con su típico corredor y a la época mochica la plataforma A), construída a imitación y ampliación de la primera por un pueblo que guardaba sentimientos de simpatía o de veneración para aquel antiguo centro ceremonial-religioso.

Descríbense, además, otros tres *menhires*, hoy tumbados, existentes en la misma entrada al valle de Queneto, y luego, otro yacimiento análogo, dominado por un curioso monolito cuadrangular, observado por el que escribe estas líneas en el mes de Septiembre de 1939 en el valle de Pativilca (Río Fortaleza) a lo largo de la carretera que sube a Cajacay.

El lector que se interese por el problema de los *kalasasaya* no nece-

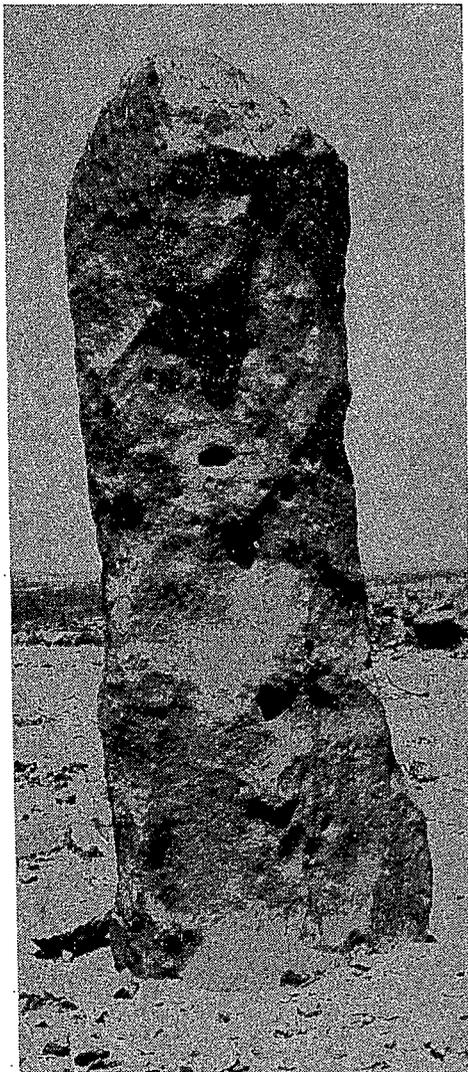


Fig. 1. — Monolito del recinto A de Queneto.

sita que se reproduzcan aquí las páginas de este escrito, en el que verá desarrollado el trazo del doble monumento de Queneto y consignadas las medidas principales del mismo, siguiendo el relevamiento hecho por el arqueólogo peruano Rafael Larco Hoyle, director del afamado "Museo Rafael Larco Herrera", de la hacienda particular de Chiclin.¹

En este lugar sólo es pertinente brindarle algunas fotografías, de las que le será fácil deducir cuán honda emoción me embargara, mientras, encaramado entre las rocas del cerro que domina las estructuras, a suficiente altura para abarcar totalmente un conjunto tan extenso (en su longitud cubre casi 90 metros), contemplaba un monumento cuyos rasgos característicos son tan aptos para seducir al que aprecia y cultiva lo "bello arcaico".

Aparte de la sensación que dimana de ese peculiar "rudimentarismo", el visitante se encuentra dominado por la inefable certidumbre de que lo que tiene por delante es algo

(¹). La descripción de las ruinas de Queneto se encuentra en el tomo I de la obra de RAFAEL LARCO HOYLE, *Los Mochicas*, pp. 14-19, Lima 1939.



Fig. 2. — Monolito del río Fortaleza (localidad Tres Cruces).

como un viejo amigo. puesto que sus proporciones, trazo y demás elementos constitutivos son harto familiares a su espíritu, el que de su contemplación trae, en medio del profundo silencio circundante, la alegría de confirmar en su íntimo, viejas y armoniosas asociaciones y categorías.

Muchos son, indudablemente, los recintos de piedras de la América Andina que todavía han de ser identificados y descritos en Perú y Bolivia, ya porque se encuentren en su yacimiento primitivo lejos de los caminos trillados, ya porque antiguos descriptores hicieron mención de ellos de manera vaga, ya porque el investigador moderno deba afrontar la tarea de su reconstrucción *a posteriori*, en el caso infortunado que los elementos pétreos hayan sido acarreados hacia los Museos. Gran suerte será para la ciencia si esta incitación a los arqueólogos de Perú y Bolivia encontrará de su parte una acogida tan favorable y empeñosa como mis esperanzas se atreven a pronosticarle.

3. ¿Qué es un Kalasasaya? Su tipología y nomenclatura. An-

tes de intentar la definición de lo que constituye el *quid proprium* de este género de monumento, se impone una breve consideración de los términos usados en su descripción, con el fin de articular una nomenclatura constante y racional.

No deja de ser interesante que el arqueólogo del Museo Nacional de Lima, doctor J. C. Muelle, en las diez líneas de su *Guía* de 1936 dedicadas al yacimiento de Queneto, empleara —de manera totalmente espontánea— la palabra “*kalasayas*”: “en un recoveco, caminando a pie, descubrimos las “*Kalasayas*” del templo en ruinas de Queneto”¹.

Ya en 1929 en su trabajo de síntesis arqueológica el doctor Julio C. Tello había señalado la existencia, en el Perú, de “corrales sagrados”, los cuales eran patios y plazas cercados de diferentes tamaños, y de forma rectangular o circular, “formados con grandes piedras plantadas verticalmente y colocadas en hileras al estilo del cerco del Kalasayasaya de Tiahuanaco” y en cuanto a su función ceremonial se apelaba a la documentación dejada por el celoso extirpador de idolatrías, Hernández Príncipe².

En 1936, salió a la luz la relación de W. C. Bennett sobre las excavaciones por él efectuadas en Bolivia, de cuyo texto y figuras se deduce que el autor norteamericano vió en aquel territorio a más de una estructura del tipo que estudiamos, adaptadas a las técnicas constructivas propias de períodos relativamente refinados. Nos limitamos a colocar en nuestra reseña, únicamente, al monumento que Bennett describe en el nombre de “templo”, en el yacimiento arqueológico de Chiripa, sobre el borde meridional del Titicaca. Se trata de un recinto en forma de rectángulo, cuyas dimensiones se reproducen en nuestro prospecto, provisto de un monolito principal de 3.25 m. de alto³.

En 1937 el doctor E. Casanova, al describir las ruinas observadas en el pequeño pueblo de Mocachi en Bolivia (al sur de la península de Copacabana y sobre los bordes del lago Titicaca), menciona a “un «*kalasasaya*» análogo al tan conocido de Tiahuanaco, con una trunca hilera

(¹) MUELLE, J. C., *Los Valles de Trujillo, Itinerario para el arqueólogo*; edición del Museo Nacional de Lima, 1936 (24 páginas).

(²) TELLO, J. C., *Antiguo Perú*; Lima 1929.

(³) BENNETT, W. C., *Excavations in Bolivia*; en “*Anthrop. Papers of the American Museum of Nat. History*”, vol. XXXV, pp. 331-507. Véase páginas 415-420. New York, 1936.

de grandes piedras que marcan el recinto rectangular, dispuesto con sus lados hacia los puntos cardinales”. Fueron encontrados en esta plazuela dos monolitos, uno principal, esculpido, de 2,10 m. de alto¹.

En estas últimas semanas el señor Maks Portugal, antiguo funcionario del Museo Nacional de La Paz, al publicar la primera contribución sobre los estudios cumplidos en el terreno en la zona de Khonkho Wankkani (Bolivia, provincia de Ingavi), escribe lo siguiente: “En Huanané se ha observado la construcción de un Kala-Saya de 20 m. × 28 m., y a una distancia de veintiséis metros, otro Kala-Saya de 23 m. × 27,50, este último cercado por tres hileras de kala sayas (piedras paradas) cubriendo el lado Oeste y abarcando parte de las paredes Norte y Sud. Al lado Oeste de estas construcciones se encuentra una planicie de 47,50 m. × 42,50 m., en este sitio se encuentra el gran monolito denominado ‘Tata-Kala’ El *Tata-Kala*, hoy abatido al suelo, y con trazas de esculturas, mide 5,10 m. de altura. El artículo describe otros seis monolitos; cuatro que forman el grupo llamado *Kusi-Kala* ‘cuatro piedras’ y miden, respectivamente, m. 4,40, 4,64, 4,22 y 4,45; el quinto *Jinchun-Kala* admirablemente esculpido con serpientes, largo m. 5,10, y el sexto *Hwila-Kala* también labrado, con 5,38 de altura absoluta².

De las citas que preceden surgen varios problemas de terminología.

En primer lugar, las voces *kalasaya*, *kalasasaya* y *kalasayasaya* son empleadas a guisa de sinónimos, y es conveniente establecer una nomenclatura menos ambigua.

Todos esos vocablos pertenecen a la lengua Aymara. Encontramos plausible que su empleo sea extendido para indicar monumentos análogos de la América Andina, incluyendo aquellas regiones que están colocadas más allá de las fronteras idiomáticas de esa lengua. Cuando un nombre, perteneciente a una lengua cualquiera, se ha consagrado como determinativo de un hecho etnológico bien definido, la ciencia admite su mantenimiento; véase el caso del algokín *totem*, del polinesio *tapu* (tabú), del tahitiano *tatau* (tatuaje), etc.

(¹) CASANOVA, EDUARDO, *Investigaciones arqueológicas en el altiplano boliviano*; en “*Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*”, tomo I, pp. 167-172, Buenos Aires 1937.

(²) PORTUGAL, MAK, *Las ruinas de Jesús de Machaca*; en “*Revista Geográfica Americana*”, vol. XVI n.º 98, pp. 291-300, Buenos Aires, noviembre de 1941.

El término *kalasaya* significa en Aymara algo que puede rendirse por "piedra parada". No existe, en rigor, el vocablo *kalasasaya*, sino como alteración, sincopada, de *kala-saya-saya*, que incluye el morfema de un plural de redoblamiento, y tiene por traducción aproximada "piedras paradas". En el párrafo que sigue hemos de dedicar mayor meticolosidad a su exacto valor gramatical y significado, el que está visiblemente más cerca de la versión "cerco de piedras paradas".

Proponemos, en definitiva, la adopción del término *kalasasaya* para indicar a estos recintos limitados por mojones de piedra, los que fueron luego, en parte o en todo, substituídos por pircas.

¿Qué nombre daremos al monolito que forma su elemento dominante?

A título de mera convención nomenclatoria, pero con perfecta adherencia al uso de los indígenas y a las tradiciones locales, proponemos el de *tata-kala*, "la piedra principal", "monolito-padre", o simplemente, "gran monolito". El uso del término *tata-kala* por parte de los nativos es atestiguado a propósito del *menhir* del tercer recinto descrito por M. Portugal y por los descriptores de Tiahuanaco en lo que corresponde al monolito denominado "el Fraile", el que, como es sabido, se levanta en el área del *kalasasaya* de aquel campo arqueológico.

Hay que relevar, en cuanto a este último, que la traducción "el Fraile" es absolutamente impropia y se deriva de una curiosa tergiversación idiomática cometida por los descriptores de ese yacimiento. La palabra *tata*, que significa "padre" fué el apelativo que los indígenas Aymara dieron, después de su conversión al Cristianismo, a los frailes españoles de la Colonia, del mismo modo, por ejemplo, que el vocablo q'iché *mam* "el abuelo", fué dado a los religiosos españoles en Guatemala. Los que llaman "el Fraile" al monolito de Tiahuanaco, se apelan —como se ve— a un significado circunstancial y sin lugar a dudas muy reciente, y desconocen el valor intrínseco del vocablo originario. Veremos muy pronto que *tata-kala* significa "la piedra mayor".

Si aceptamos la denominación de *menhir* para las piedras paradas de esta región americana, el vocablo *tata-kala* será el exacto equivalente del nombre "*menhir* principal", tan empleado por los estudiosos de las construcciones megalíticas. Opinamos, sin embargo, que el empleo de la

nomenclatura del arte megalítico clásico en la arqueología americana — ya ensayado con rendimiento negativo por Sir Clements R. Markham— debe ser sometido a un riguroso examen comparativo y a meticolosas averiguaciones analíticas.

Pasando a la definición de un *kalasasaya*, diremos que es un tipo de estructura que consiste en sus términos más generales, en un recinto de piedras generalmente cuadrilátero (un cuadrado o un rectángulo), y a veces circular, conexo con un megalito principal enhiesto en su área, más raramente en su frente, o con varios monolitos a la vez. El cercado de los ejemplos más arcaicos está compuesto de "piedras paradas" una al lado de la otra, con intervalos variables, a menudo piramidales y con la punta en alto, formando una suerte de empalizada, acompañada, a veces, por una pared muy baja de piedras menores y lajas. En los ejemplos menos antiguos se ha suplantado esa cadena de *menhires* con una muralla a seco de aparejo menos irregular, y en los que han sufrido los efectos de un desarrollo artístico superior, los bloques son verdaderos pilones labrados a esquadra, mientras la pircá submurada tiende a mostrar un aparejo más o menos simétrico.

En lo que concierne a las dimensiones de un *kalasasaya*, sólo el coitejo del trazo horizontal de todos los que se investiguen en el territorio boliviano y peruano logrará brindarnos datos definitivos. Por el momento me limito a reunir las dimensiones de los pocos recintos ya conocidos, no sin lamentar la falta de relevamientos y esquemas en las menciones de parte de los de Huancané:

1.	Plazoleta A de Queneto	m.	32,90	×	43,85
2.	B id.	"	27,60	×	27,60
3.	I de Huancané	"	20,—	×	28,—
4.	II id.	"	23,—	×	27,50
5.	III id.	"	42,50	×	47,50
6.	de Chiripa	"	21,50	×	23,—
7.	de Mocachi	"	20,—	×	28,—
8.	de Tiahuanaco	"	118,—	×	135,40

En cuanto a los monolitos, ellos miden: Queneto A), metros 3,60; Queneto B), 2,74; el del valle de Pativilca, 2,50; los de Huancané, 4,40,

4,64, 4,22, 4,45; el del III recinto, 5,10; el *Jinchun-kala* 4,54; el *Hwila-kala*, 5,38. Téngase presente, en relación a estos últimos, que se trata de medidas absolutas, porque las piezas están tumbadas sobre el terreno, y se ha comprendido la parte destinada a quedar implantada en el suelo.

El monolito principal de Mocachi mide metros 2,10 y el de Chiripa m. 3,25.

Pero más que a las dimensiones convendría dar resalte a la forma, tallado y escultura de cada pieza. Indudablemente sus constructores tendieron hacia una progresiva perfección y complicación: los más arcaicos son simples bloques sin formas definidas, luego asumen regularidad estereométrica y posteriormente grabados de figuras animales y quiméricas; por último revelan facciones humanas, ya en bajo relieve (Mocachi, Huancané: *Hwila-kala*), ya en pleno volumen (Tiahuanaco).

Entre los elementos secundarios de un *kalasasaya* hemos de nombrar la abertura destinada a dar acceso al recinto, la que en los tres casos por mí conocidos, está situada invariablemente en el lado que mira hacia Oriente, en la parte media del mismo, y puede ser acompañada por un corredor de ingreso o por una serie de gradas. Ejemplo del primero es el magnífico *δομος* de Queneto B) y del segundo la escalinata famosa de Tiahuanaco. (Hecho muy curioso es que en ambos el desnivel mide m. 2 ¼.).

Habría que señalar la tendencia de estos recintos a formar grupos, o al menos geminaciones (ver los 2 *kalasasaya* de Queneto y los 2 de Huancané). En cuanto al tercero de esta localidad, las referencias de M. Portugal, por cierto ambiguas, me dejan perplejo, aunque se desprende con claridad que se trata de un rectángulo mensurable en metros y centímetros, y por lo tanto bien definido en el terreno, y que además contiene al gran monolito *Tata-kala*.

Anotamos, por último, que la mayor parte de los monolitos principales de estas construcciones tienen un nombre propio que los distingue en la tradición de los indios de la región respectiva, como los ya mencionados apelativos *Jinchun-kala*, o "piedra con orejas", *Hwila-kala*, o "piedra roja", *Kusi-kala*, o "cuatro piedras" que indica al primer grupo observado por M. Portugal. El nombre *tata-kala* se encuentra tan-

to a propósito del que figura en el tercer recinto de Huancané, como en el monumento de Tiahuanaco.

El investigador de estas reliquias hará bien en consignar los nombres peculiares de cada monolito, no sin apuntar cuidadosamente el preciso lugar geométrico que ocupa con respecto al trazo de las estructuras pétreas. Como se ha visto en nuestras líneas, tales nombres vernáculos pueden arrojar mucha luz en la tarea de interpretar a los monumentos.

4. *Posición tipológica del Kalasasaya de Tiahuanaco.* Llegados a este punto, bien podremos dirigir un instante nuestra mirada hacia las interpretaciones que se han dado al recinto de Tiahuanaco.

En ningún otro asunto, por cierto, encontraríamos mayor disparidad de opiniones, muchas de las cuales fueron emitidas de un modo categórico que abiertamente contrasta con la pobreza de los respectivos fundamentos.

¿Qué clase de construcción debió ser, en origen, el *kalasasaya* de Tiahuanaco? Un edificio, hoy en ruinas, cuya pared occidental llevaba una galería cubierta, según D'Orbigny; un templo "abierto" análogo a los del Mundo Antiguo (Dinamarca, Inglaterra y Asiria) cuyos ejemplos más conocidos son el Stonehenge y Avesbury, según Squier; un edificio cuadrangular con muchas subdivisiones interiores, según Inward; un terraplén artificial contenido por una base de muralla, según Mitre; un "fuerte" según von Tschudi, etc. Bien lo dice el Dr. Gallo¹ al encabezar la reseña de estas "reconstrucciones" ideales: "*Para comprender bien a Akkapana puede ser útil un poco de fantasía, detalle que no ha escapado a los viajeros; pero casi todos se han encaminado en una vía falsa*". Para el Ingeniero Posnansky se trata de un "gran" palacio, o de un "gran" templo, "*der Palast Kalasasaya*" o "*der gross Sonnentempel von Tiahuanaco*", en todos casos de un gran edificio que no fué terminado por sus constructores, con vestíbulos, corredores y varios compartimentos, que debieron estar cubiertos con tejidos o esteras².

(1) GALLO, AB., *Obra citada*, pág. 75.

(2) POSNANSKY, ARTURO, *Una Metrópoli prehistórica en la América del Sur*; pp. 102-108; Berlín 1914; del mismo Autor, *Razas y monum. prehistóricos del Altiplano Andino*: en "*Trabajos del IV Congr. Científico Panamericano*"; ver p. 68, Santiago de Chile 1911.

De ningún modo queremos ensañarnos con nuestra ironía en tales reconstrucciones arbitrarias, pues comprendemos que no podía hacerse otra cosa que fantasear, mientras faltara un criterio morfológico sólidamente establecido.

El corcel de batalla de Posnansky es la existencia de la muralla. Llega hasta hacer de ella la pieza de autos más contundente para acusar de mala fe a los críticos de sus teorías, y, dejando la serenidad del estudioso para adoptar el resentimiento de la diatriba personal, titula una de sus conocidas fotografías "*Pared del gran Templo del Sol, Kalasasaya, la que está orientada exactamente en el Meridiano. En la esquina derecha del retrato (sic) se ve una de las paredes intermedias cuya existencia niega Imbelloni.*"¹

No se necesita mucho esfuerzo para comprobar que se trata de una afirmación inexacta. En nuestra incriminada obra se leen estas frases: "*Consiste en un perímetro de pilastras o pilares, reunidos en su base por un muro, distantes entre sí 4,80*"².

Lo que realmente se le niega a Posnansky es la afirmación de que los pilares de Tiahuanaco hubiesen "*formado, en sus tiempos, parte integrante de una ciclópea pared*"³, mientras nadie ha soñado nunca denegar la existencia de las paredes intermedias "*situadas bajo el nivel del suelo*"⁴, oponiéndose a una realidad tangible y notoria. La función desempeñada por dicha muralla "*enterrada*" fué, entre otras, la de contener el terraplén artificial o piso interior del recinto (que sobresalía al nivel del suelo de unos 2,30 m.), como lo observó, ya en 1879, el general Mitre. La argumentación de Posnansky de que "*los muros de la columnata, cuyos últimos restos están actualmente bajo el suelo, existían todavía en el año 1540, cuando Pedro Cieza de León visitó estas ruinas*"⁵ no es otra cosa que una tergiversación de las palabras del au-

(¹) POSNANSKY, A., *La Edad de Tiahuanaco*; en "*La Nación*" de Buenos Aires; domingo 13 de junio de 1926.

(²) IMBELLONI, J., *La Esfinge Indiana*; Buenos Aires 1926; p. 74.

(³) POSNANSKY, A., *Una Metrópoli, etc.*, p. 103.

(⁴) POSNANSKY, A., *Una Metrópoli, etc.*, p. 103.

(⁵) POSNANSKY, A., *Una Metrópoli, etc.*, p. 106.

tor de la *Crónica del Perú*, y el primero que lo puso en claro fué el doctor Abelardo Gallo en su obra de 1925¹.

Hoy puede excluirse con harta seguridad que los mojonés fuesen el sostén de un amurallamiento, no sólo en lo que concierne a los lados Norte y Sur, como lo admite Gallo, sino también por los restantes del Este y Oeste, a pesar de las diferencias en el material lítico y de la elaboración menos rudimentaria de los pilares de los dos últimos. Es necesario convenir que en la construcción del recinto se observan dos épocas, si no se quiere admitir que fué concentrado en las paredes del frente y del fondo un interés que contrasta con la negligencia de las dos paredes laterales. Esta incógnita —en realidad— pertenece más a la historia particular del monumento, que a su asignación tipológica; de nuestro punto de vista nos limitaremos a señalar que mientras una pareja de hileras sigue la conformación ancestral de las "piedras paradas" sin retoque de escabelo, la otra en cambio, revela la preocupación del tallado y las señales de relieves lineales. Esta doble condición no desentona con las características generales del conjunto, el que contiene elementos rudimentarios en comunión con refinamientos artísticos notables. Necesario es definir al *Kalasasaya* como el producto de una vieja idea constructiva puesta en acto por artífices que pertenecen a un pueblo en camino de renovación.

Para citar otro ejemplo del mismo contraste, véase la famosa portada y "el Fraile".

En cuanto a la primera, la abundantísima literatura que poseemos, desde D'Orbigny y Angrand hasta nuestros días, está dedicada casi exclusivamente a descifrar las conocidas figuras grabadas en una de sus caras y muy pocas veces, o nunca, ha estudiado el monumento en su significado volumétrico o en su tipología. Cuanto más, se considera como de paso el sentido "funcional" de la estructura, pero en este asunto gravitan en medida predominante dos cuestiones: la forma aparente y la denominación ya tradicional de "portal" o "puerta". Posnansky arguye que "*formaba parte integrante de un segundo muro en el interior del Kalasasaya, muro que no llegó a concluirse, etc.*"².

(¹) GALLO, Ab., *Obra citada*, p. 77, en nota.

(²) POSNANSKY, A., *Una Metrópoli, etc.*, p. 115.

Existen, sin embargo, en la historia de las formas arquitectónicas, y particularmente en las de carácter megalítico, muchos “portales” que nunca fueron parte integrante de edificios, en el sentido ordinario de las puertas de ingreso por cuyo hueco penetramos diariamente a nuestros domicilios. De este punto de vista sería ciertamente menos arbitra-

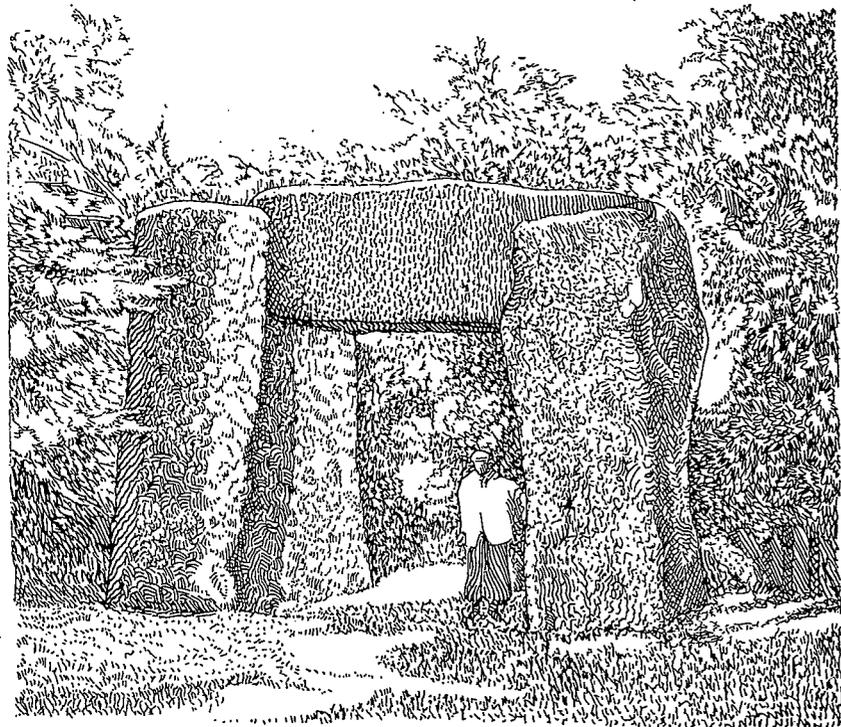


Fig. 3. — Trilithon de la isla Tonga (de fotografía publicada por el Cap. D'Albertis).

rio considerar la famosa “portada” como la reedición culta de un *trilithon*; la antigua estructura ancestral compuesta por tres bloques brutos, ya transformada en el Pacífico en un elemento arquitectónico menos rudimentario (ver fig. 3), fué realizada en Tiahuanaco por artistas que

ya poseían a las mil maravillas la técnica de la construcción de edificios y los secretos de la talla de la piedra. No hay que descuidar que hoy, después de cundir la técnica revolucionaria del cemento armado, continuamos a levantar la mayoría de nuestros edificios de conformidad con las ideas constructivas de Vitruvio, con sus arcos y columnatas. Un *trilithon* tallado en un solo bloque de piedra constituye un contrasentido en la terminología, pero de ningún modo en la historia de las formas, pues todos conocemos la extraordinaria persistencia de ciertos modelos volumétricos y tectónicos inventados en las épocas más remotas.

Los descriptores de las ruinas cometen dos errores: 1° conectar idealmente la “portada” con el portal del Cementerio, que nada tiene que ver con la primera, ni en cuanto a función ni en cuanto a tipo y, 2° aguzar desmesuradamente el ingenio para imaginar la “función” de los nichos tallados y huecos del reverso, mientras estos elementos sólo representan el “arte adherente” de unos artífices, los cuales, formados por largo magisterio constructivo, no sabían ya concebir bloque o superficie pétreo alguna desprovistos de tales ingeniosos dispositivos (véanse los bloques de Pumapunku).

Así como la portada fué la reedición culta de un *trilithon*, la columna esculpida a guisa de figura humana que es conocida con el nombre de “el Fraile” fué la reedición culta de un *menhir*, elemento este último que ya conocemos como parte integrante de un típico *kalasasaya*. Un verdadero hallazgo nomenclatorio es la denominación empleada por A. Gallo, quien lo llama una “columna estatuaria”.

Hemos mencionado en los párrafos anteriores que el tránsito desde el simple monolito de piedra ruda hasta el de figura esculpida en *ronde bosse* no es forzado, ni repentino, y que una entera serie de grados intermedios ha sido observada, especialmente en los recintos del territorio boliviano. Téngase presente la complicación progresiva de los monolitos de Huancané y los de Mocachi: el de Tiahuanaco representa la cumbre. En resumen, nada tengo que retractar de lo que escribí, ya en 1926, sobre Tiahuanaco: “Los observadores han escrito bajo la sugestión de “primitividad” que provoca el aspecto de las ruinas. Mirando más hondo, habrían visto que se ofrece a nuestra atención una curiosa mezo-

lanza de elementos más toscos y antiguos con otros más refinados y recientes”¹.

5. *Los aspectos gramaticales del nombre y el auxilio de la lingüística.* No pierdo de vista que debemos a Posnansky un dato en apariencia sencillo, pero de importancia capital, en lo que concierne a la terminología. Es el nombre del famoso recinto mayor de Tiahuanaco. Antes de Posnansky se le llamaba el recinto de Ak-kapana, y esta fué su denominación ordinaria desde la mitad del siglo XIX. Sólo después de 1910, con las primeras publicaciones de Posnansky, cundió el empleo del nombre Kalasasaya, mientras el de Ak-kapana quedaba asignado a la colina artificial amurallada.

Quando traté este asunto, hace diez y seis años², incurrí en la inadvertencia de considerar esa denominación como puramente convencional —¡*me poenitet!*— y ello se debió a mi completa ignorancia del significado de este término en lengua Aymara, el que —por otra parte— no venía declarado en el texto del nombrado ingeniero. El término *kalasasaya*, que hemos explicado más arriba como forma plural de *kala-saya* y traducido *ad sensum* por “piedra parada”, así como lo hacen comúnmente varios escritores de Perú y Bolivia, merece una apostilla gramatical más diligente.

En realidad, ni es plural de “piedra”, ni tiene la forma del plural regular del Aymara, que requiere la desinencia *naka*: *kala* “la piedra”, *kala-naka* “las piedras”; ni el concepto del término indio insiste principalmente en la “piedra” como ocurre en nuestra frase “piedra parada” en la que “piedra” es la substancia del discurso y “parada” su predicado, por la razón muy sencilla que en el Aymara las calificaciones nunca son expresadas después del sustantivo, y al contrario, siempre se le anteponen, quedando indeclinadas, como ya lo hemos visto en *wila-kala* “piedra roja”, *xinchun-kala* “piedra con orejas”.

El vocablo que en la frase india ocupa el lugar predominante, es el que se nos ha transmitido mediante la transcripción *saya* y que, con

(¹) IMBELLONI, J., *La Esfinge Indiana*, p. 249.

(²) IMBELLONI, J., *La Esfinge Indiana*, p. 66.

la mayor exactitud que es requerida por una transcripción fonogramática, corresponde a las formas *sala* y *saywa*, ambas existentes como sustantivos; cuyo estrecho parentesco resulta innegable:

sala, subst., roca o escollera (Middendorf); *sala-sala*, por reduplicación, “muchos peñones” (Bertonio).

saywa, subst., jalón o piedra de confín, *terminus. Grenzstein* (Midd.). Mojón o término que se coloca cada cien brazas de tierra en cuadro (Bert.). Jalón de camino, que señala las leguas (Bert.).

saywa-θa, primera persona singular del verbo *saywa-ña*; 1º mojonar las chacras con montones de piedras o terrones (Bert.); 2º colocar los mojones que señalan las leguas de un camino (Bert.).

En la voz que analizamos el sustantivo se encuentra repetido: *sala-sala* o *saywa-saywa*, y luego sincopada la segunda sílaba del primer miembro, según una conocida tendencia de la lengua Aymara a eliminar determinadas sílabas intermedias, particularmente las vocalizadas por *a*.

La reduplicación es un medio muy usado en el idioma Aymara y substituye a las formas plurales realizadas mediante la subfijación de la desinencia *naka*, toda vez que se indica un objeto formado por varios elementos iguales yuxtapuestos. Así de *lika* “red de caza” hacen *lika-lika* “telaraña”. En realidad se trata de un concepto “frecuentativo” como lo define Bertonio, más que de un plural: véase la repetición del sonido, representado por medio de su onomatopeya, aprovechada para formar *titi-titi* “el grillo”, *loko-loko* “el corazón”, mientras el concepto de “oscurecer” contenido en la voz *θami* lleva a formar el iterativo *θami-θami* “el crepúsculo”. Se forma, en resumen, por medio de estas reduplicaciones, una clase muy peculiar de sustantivos colectivos los cuales muchas veces asumen el aspecto tópico más agudamente que el temporal, y en esos casos designan, como lo indica Middendorf, *ein Ort, wo sich viele Gegenstände derselben Art befinden*. Un ejemplo adecuado lo constituye *pata-pata* “la escalinata”.

Del mismo modo que esta última palabra, aunque formada por el elemento *pata* “grada”, no podremos ya traducirla con el simple plural “muchos escalones” por el simple hecho que la atención se ha volcado

sobre una entidad nueva que es el lugar y el objeto en donde están o que se compone de muchos escalones, así también no sería propio traducir *kalasasaya* por “muchos mojones de piedra”, pues debe considerársele como el “objeto o lugar” formado o caracterizado por los muchos mojones de piedra.

Perdónenos el lector esta digresión lexicológica y gramatical, pero era indispensable para el fin de presentar de un modo racional nuestra elección de los términos nomenclatorios que será necesario adoptar, si no queremos perdernos en la obscuridad de las apelaciones inconstantes y arbitrarias. *Kalasaya* “mojón de piedra” ya empleado por varios escritores, no resulta pertinente en nuestro caso, porque determina a uno solo de los tantos mojones que componen el recinto y no puede ser aplicado para indicar al conjunto. Con respecto a la frase adoptada por algunos autores: los *kalasayas*, es de rechazar igualmente, no sólo por el hibridismo gramatical que pretende formar el plural de una palabra de lengua indígena modificándola mediante el morfema propio de una lengua neo-latina, sino porque diciendo “las piedras paradas” renunciamos a representar la imagen del conjunto arquitectónico, el que no es ya una simple suma de elementos, sino una entidad de fisonomía peculiarísima.

En cuanto al nombre del megalito principal, tampoco conviene darle el de *kalasaya*, siempre por la razón que es denominación común y no distintiva. El que yo acabo de proponer, *tatakala*, fué explicado por “el Ídolo” o “el Fraile” en base a un error gramatical evidente, porque *tata* cumple función adjetiva y no substantiva, y el verdadero enfoque de la voz india encubre al miembro *kala*, que en este vocablo asume el papel principal, diferenciándose en esto notablemente de los ya analizados *kalasasaya* y *kalasaya*. *Tatakala* quiere decir, “la piedra mayor”, del mismo modo que la voz *tata-tama* referida por el venerable *Vocabulario* de 1612 (Bertonio) significa “la manada grande”.

Al cerrar este párrafo no puedo callar la melancólica consideración de que, cuando por primera vez fué traída sobre el tapete la exacta denominación *kalasasaya* con la que los nativos continuaban a indicar al monumento de Tiahuanaco, se encontraba ya *eo ipso* condenada sin remedio la hipótesis de que fuera un edificio de murallas y portales, cubiertos por techos más o menos permanentes. La imagen que los indios

revivificaban al denominarlo así, era, justamente, la de una plazoleta encuadrada por una cuádruple guirnalda de mojones de piedras o *menhires*.

6. *Los kalasasaya de América en la arquitectura megalítica*. He advertido en las páginas que anteceden al lector sobre las precauciones que es necesario tomar antes de emplear la terminología “megalítica”, cuando se trata de monumentos americanos. La necesidad de tales precauciones no se deriva ya del contenido y substancia de las correlaciones, sino del modo superlativamente incorrecto con que se han empleado desde unos 40 años las frases “edad megalítica”, “cultura megalítica” y similares en la arqueología sudamericana.

“Con el año 1906 —así hemos resumido nuestro pensamiento en un escrito reciente— comienza la fórmula de los Peruanos-Megalíticos en el sentido de Markham, quien fué el inventor de este estupendo espejismo geológico, cuyas consecuencias debían perdurar, especialmente en Bolivia, hasta nuestros días.

“Exaltado por los aparejos murarios del Cuzco y sus alrededores, pero aun más por los restos de Tiahuanaco, sir Clements R. Markham había ya construido aquella su deslumbrante teoría que sostiene la primitividad absoluta, en la historia del Perú, de las murallas, estatuas, portales y escalinatas formadas por piedras de gruesas dimensiones o megalitos; de tal modo este conjunto resultaba ser el producto de la actividad ancestral del hombre del altiplano y punto de partida para la secuencia de todas las civilizaciones peruanas. Sus menos que modestos conocimientos de Geología le consintieron proclamar que esa civilización peruana “megalítica” había florecido en una época anterior al plegamiento de las capas sedimentarias que luego formarían la cordillera andina. La teoría fué acogida con entusiasmo, y sobre bases tan endeblés pudo levantarse el castillo de los que proclaman la anterioridad de la sierra con respecto a la costa. En otro escrito he mostrado que, una vez descartada la hipótesis geológica de Markham, abiertamente inaceptable, poco o nada queda de la “civilización megalítica” en el sentido que se ha continuado repitiendo por simple amor a la sonoridad de las frases hechas. El carácter “megalítico” de los restos mencionados consiste pura

y simplemente en ser, materialmente, unas “gruesas piedras”, mientras del punto morfológico representan con toda evidencia un desarrollo más reciente y “sabio” que los *cromleck*, *stonehenge*, *menhir* y *dolmen* de la época megalítica en el Mediterráneo y Atlántico oriental.

“Pero es en el campo de la cronología donde encontramos, después del estratigráfico, el segundo y no menos craso error de Markham, el de suponer, como algunos arqueólogos sugirieron de primera entrada, que la época megalítica europea fuese extraordinariamente remota y envuelta, como solía decirse, en la “noche de los tiempos”, mientras hoy sabemos que perteneció a la cultura joven, o de los metales (bronce); añádase que en el Asia meridional aparece en épocas más recientes y de allí se espánde sobre las islas del Pacífico durante la Edad Media”¹.

Esas proposiciones hacen manifiesto que el empleo de la palabra “megalítico” tan comprometido en nuestra arqueología, fué desvirtuado por las siguientes inadvertencias metódicas: 1º confundir en un solo concepto gran cantidad de estructuras sudamericanas desprovistas de homogeneidad morfológica; 2º atribuir a este concepto una entidad geológica que ha resultado un infundio; 3º mantenerse en continua abstracción respecto a la historia de las civilizaciones megalíticas extra-americanas, y 4º conservar una nomenclatura de carácter arqueológico universal para formas que se consideraban autóctonas.

Este último aserto es formulado sin ambages por el fundador de la doctrina, con aquellas célebres frases: “*I am quite in agreement with Dr. Brinton that «the culture of the Andean race is an indigenous growth, wholly self developed, and owing none of its germs to any other races».*”²

Si ahora convenimos rebasar ese período de especulaciones y “pasar la esponja” sobre tales fórmulas y sistemas, podremos —y sólo después de esta limpieza general— volver al empleo de las preciosas correlaciones que nos consiente el concepto clásico del arte megalítico. Podremos valernos, de este modo, de las precisas determinaciones, especial-

(1) IMBELLONI, J., *La Capaccuna de Montesinos, después de cien años de discusiones e hipótesis*; en “*Anales del Inst. de Etnografía*”, Univ. Nacional de Cuyo, tomo II, pp. 259-354, Mendoza 1941.

(2) MARKHAM, CLEMENTS, R. *The Incas of Perú*, p. 31, Londres 1910.

mente formales, tectónicas y volumétricas contenidas en las palabras *dolmen*, *stonehenge*, *menhir*, *trilithon*, etc., aunque nos incumbe tener presente que en América encontraremos con mayor frecuencia estas estructuras en un estado de desarrollo que es apto para indicar que su tránsito no fué directo, sino mediato, y que esas ideas constructivas han sufrido, en el mayor número de los casos, modificaciones progresivas de gran momento.

Es comprensible que para dedicarse a una búsqueda de tal naturaleza es necesario tomar visión, de la manera más rigurosa y completa, de los ejemplares que se han observado y descrito en todos los rincones del mundo, o —con mayor precisión— en todos aquellos que están comprendidos en el área bien definida de las construcciones megalíticas. Este ámbito constituye por sí mismo una verdadera inmensidad de regiones continentales e insulares, desde Inglaterra y Normandía, pasando por las tierras del Mediterráneo, hasta la porción meridional del Asia, las grandes islas de Insulindia, los grupos de Melanesia y los archipiélagos Polinesios. Monumento por monumento, comarca por comarca, toda esta inmensidad de formas, trazos y volúmenes debe ser escudriñada por el que se apresta a tan enorme tarea; luego también todas las denominaciones locales con su correcta grafía y significado, las que constituyen otro material inapreciable para las operaciones de cotejo: éste es el terrífico precio que hay que pagar si se quiere gozar de las prerrogativas que brinda el método tipológico e histórico-étnico. Mucha trepidación, cansancio y angustia esperan al que lo intente. Pero si pone en juego la necesaria perseverancia, pronto recogerá el premio de una visión amplísima, que le permitirá distinguir las líneas seguidas por los procesos de difusión, segmentación, disociación y mestización de elementos, cuyo último resultado será la certeza de poder delinear en tan vasto dominio etnográfico la persistencia admirable de unas pocas ideas constructivas, o formas, verdaderos “incunables” de toda la arquitectura megalítica.

No pretendemos realizar aquí este trabajo de Hércules. Sólo presentaremos al lector unos pocos modelos propios del amplísimo mundo de las culturas megalíticas del océano Pacífico, no sin señalarle que en estos senderos etnológicos apenas desbrozados, pueden servirle de guía

los trabajos especiales de Hutton sobre Angami (1926), de Gurdon sobre Assam (1921-22), de Dalton sobre Bengala (1872), de Hermann ten Kate sobre Timor y su grupo (1894-95), de Hodson sobre Manipur (1911), de Schroeder y de Modigliani sobre Nias (1817 y 1890), de Sarat Chandra Roy sobre los pueblos Munda (1912) y además los de Baessler (1900), Linton (1925), Percy Smith (1902), Handy (1923), Routledge (1921), etc., sobre Polinesia y de Fison (1885), Joske (1889), Thomson (1908), Sarasin (1917), etc. sobre Melanesia, a los que deben ser agregadas todas las demás fuentes aprovechadas por W. J. Perry en su libro *The Megalithic Culture in Indonesia*, Manchester 1918, (aunque no es obra recomendable por su método y conclusiones) y, de manera particular, el estudio del Barón Roberto Heine Geldern intitulado *Die Melalithen Südostasien und ihre Bedeutung für die Klärung der Megalithenfrage in Europa und Polinesien*, que publicó la revista "Anthropos" en su tomo. XXIII, Mödling 1928, pp. 276-315, trabajo que la ejemplar modestia de mi estimado amigo, uno de los más autorizados sinólogos vivientes, le ha aconsejado presentar como una simple contribución provisoria, mientras constituye una fuente inapreciable de datos, sugerencias y correlaciones establecidas con gran honradez y método impecable.

Limitándonos únicamente a las regiones continentales e insulares que acabamos de mencionar, las que constituyen a su vez una porción limitadísima del ámbito megalítico del mundo, se observa la presencia de curiosas plazoletas destinadas para los usos ceremoniales del clan o de la aldea, que se distinguen por un cierto número de elementos comunes, como ser *menhires* más o menos toscos o labrados que se yerguen en su área, o en el frente, o en los lados, mojones de piedra plantados en el suelo en cadena, que constituyen empalizadas, luego en ciertos casos construcciones similares a pirámides truncas o de gradas, más o menos alargadas, y por último series de piedras dispuestas a manera de asientos.

Comenzando por los pueblos tibeto-birmanes del Assam y la Birmania occidental, encontramos sus "cercos de piedras" o "caminos de piedras" dispuestas en hiladas y erguidas, cuyo nombre colectivo es *man bynna* (*man* "piedra" y *bynna* "dar fama"), mientras los mojones mayores se indican a veces con nombres que corresponden a "la vie-

ja Abuela" y otras a "piedra del Progenitor". Entre los Khasi tales estructuras suelen acompañarse de falsos portales clasificables como *trilithon*. Difícil resultaría seguir metódicamente las reseñas de Perry y Heine Geldern, de las múltiples clases de tales monumentos propias de los pueblos Naga (entre el Brahmaputra y el Chindwin), luego en Célebes, Timor y Nias, compuestos por alineamientos de piedras, *menhires*, asientos pétreos, *dolmen*, *trilithon* y plataformas. Especialmente son dignos de nota los que en el sur de Nias llaman *batunitaru'ö* "piedras paradas", y consisten en la asociación de grandes asientos de piedra en forma de bancos y un cierto número de obeliscos en su derredor, así co-



Fig. 4. — Recinto ceremonial de piedras paradas de los Maring, en Guilong, Estado de Manipur (De fotografía publicada por Hutton).

mo de sus variantes *daro-daro* y *harefa*. Sus funciones son: trono del reinante, monumento recordativo de los antepasados, sede mística de los espíritus protectores, efigie de los fundadores de estirpes, y de manera particular sirven como "plaza de reuniones", "lugar para cele-

brar las ofrendas”, “sitio de cita para ciertas asociaciones secretas”, luego también como centro ceremonial por excelencia y recinto de danzas.

Damos el croquis de uno de esos recintos ceremoniales cuyo tipo se encuentra en las aldeas de los Maring, uno de los pueblos del conjunto Naga, en el estado de Manipur. Su trazo es circular. Se trata de un círculo formado por gruesas piedras sumamente rudas enclavadas en el suelo a manera de cerco, en cuyo medio se encuentra una piedra; alrededor de ésta se reúnen los miembros de la aldea para celebrar sus juramentos. El lugar es objeto de hondo respeto religioso (fig. 4).

Aunque no falten estructuras del mismo género en forma cuadrados y rectángulos, es sin embargo en los archipiélagos de Melanesia y Polinesia

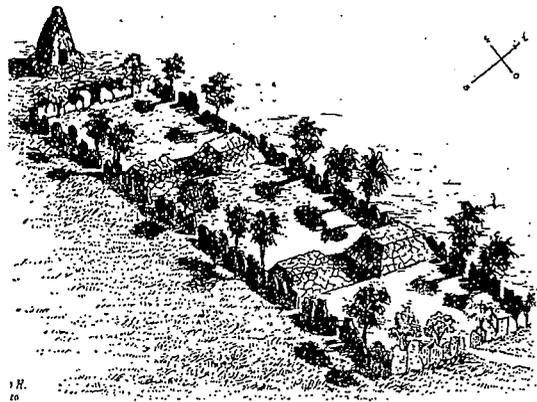


Fig. 5. — Un nanga, o recinto ceremonial de piedras paradas, de Viti Levu (Tiyi). Reconstruido por A. v. Hügel.

donde el trazo cuadrangular asume importancia decisiva. No sólo los tipos muy conocidos del *tohua* de las islas Marquesas, *ahu* de Tahití, Maharatea, Rapa-Nui (Isla de Pascua), etc., *marae* o *malae* o *mahae* de Rarotonga y grupo Tubuay, sino también los *nanga* del grupo Fiyi, constituyen un complejo de estructuras que tienen sus antecedentes en los *dahu* y *tehuba* del Assam. Me

limito a reproducir el bosquejo de un *nanga* y de un *marae*, los que estimo más que suficientes para el fin que este ensayo se propone.

El primero (fig. 5) es un monumento de Viti Levu, en el grupo de las islas Fiyi, descrito por Fison y por Joske y reconstruido por el Barón A. von Hügel. Son recintos largos de 20 a 30 metros; las aberturas de acceso se sitúan en los lados de Oriente y Occidente. A veces subdivididos en dos plazoletas sucesivas, otras veces en tres, el tabique

interior está compuesto por pequeñas murallas de sección análoga a la de pirámides truncas; su altura no sobrepasa m. 1,50. El cercado está constituido en sus cuatro lados por hiladas de “piedras paradas” de altura variable y a intervalos algo irregulares.

El segundo ejemplo (fig. 6) pertenece a un *marae* o “plaza de culto” de Tahití y es un rectángulo cercado por una muralla de escasa altura, la que forma tres de sus lados, mientras el cuarto es ocupado por una suerte de construcción amurallada, en forma de pirámide muy alargada, cuya base interior lleva dos gradas para dar asiento a los sacerdotes y personas principales. Los mojones de piedra, disociados de la pirca del perímetro, se encuentran plantados, igualmente en hilada, a lo largo de dos líneas paralelas entre sí y respecto a los dos lados mayores del rectángulo.

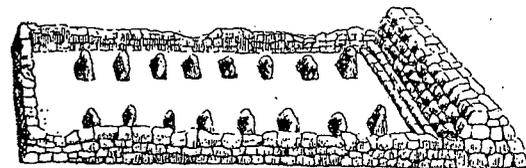


Fig. 6. — Reconstrucción de un marae de Tahiti (Según Baessler).

Como Heine Geldern lo hace notar repetidamente, los asientos interiores representan una idea constructiva (y funcional) que acompaña la mayor parte de estos recintos¹, sean ellos “plazas de danzas”, “tronos de príncipes”, “centros sacerdotales” o “lugar de asambleas”².

Dejemos al mencionado sinólogo la interesante tarea de escrutar las delicadas correlaciones funcionales, lingüísticas y constructivas que conectan, por ejemplo, la plazoleta con asientos de piedras que los Oraon de Bengala llaman *ākhrā* con los monumentos históricos de la Europa

de Bengala llaman *ākhrā* con los monumentos históricos de la Europa

(¹) Recordemos que también en el *kalasaya* de Tiahuanaco los mojones “iban provistos de una especie de asientos tallados en la cara del pilar que mira hacia el interior del edificio y que aun se conservan” (POSNANSKY, *Una Metrópolis*, pp. 106-7). No es mi propósito, en esta mención tan escueta, demostrar el escaso valor de la explicación propuesta por este ingeniero, quien invoca el desgaste de la roca por efecto de su gran antigüedad, y me limito a dejar constancia de mi extrañeza por el hecho que la energía de los agentes meteóricos se haya ingeniado de tal manera que los “asientos tallados” resulten excavados únicamente “en la cara del pilar que mira hacia el interior del edificio”.

(²) HEINE GELDERN, ROBERT, *Die Megalithen*, etc., p. 301.

preclásica y clásica que conocemos con los nombres generales de “teatro” y *ayopá* los que fueron en origen simples recintos circulares o semicirculares de sitios formados por lajas (*Iliada* XVIII, vv. 497-508) y (*Odysseia* III, vv. 406-411), y volvamos, para dar conclusión a nuestro discurso, al punto de partida.

Nunca como en esta ocasión hemos tenido en mano de modo más convincente, las pruebas de que la antieuaría de América de ningún modo puede aventajarse del prejuicio del aislamiento de las formas, casi como si fuese demostrado que las creaciones del hombre no tienen historia ni antecedente alguno. Muy en contraste con esa presunción, distinguimos en la porción Andina de Sudamérica, entrelazadas en el terreno una con otra, varias *líneas isoéticas*, entre ellas la de la pirámide cuadrangular, la de las murallas y edificios de aparejo murario, la de las estatuas de piedra y la de las estructuras megalíticas propiamente dichas. Esta última, hasta prueba contraria, no parece haber seguido itinerarios interamericanos para llegar a la región andina, tal como está comprobado en el caso de las primeras, y representa, por eso, un *unicum* en la arqueología americana. Ello confirma la procedencia directa, de al menos una parte del patrimonio central-andino, de la cultura de los grupos insulares del Gran Océano.

Enfocando más particularmente el ámbito de los *kalasasaya* andinos¹, consideraremos que las formas más elevadas conocidas hasta hoy

(1) Se entiende que hablo sólo de los conocidos hasta hoy y convenientemente descriptos. Un dominio pleno de esta materia podrá tenerse solamente después que se hayan reunido las documentaciones de todos aquellos que se encuentran en los territorios de Bolivia y Perú, sin excluir *a priori* las naciones lindantes hacia el norte (Ecuador y Colombia) y hacia el sud (Argentina y Chile septentrional), siempre que los relevamientos, descripciones, etc., respondan a un mismo pensamiento metódico, y sean entre sí parangonables plenamente en todas sus particularidades.

Mucho espero, por lo que atañe a Bolivia, del Sr. MAK S PORTUGAL y del doctor JEAN VELLARD, actual director del Museo Nacional de La Paz, el que en su última visita a Buenos Aires me ha manifestado que se propone realizar un catastro general de los *kalasasaya* de Bolivia.

En lo que concierne al Perú, he recomendado al director del Museo Arqueológico de Lima. Dr. LUIS E. VALCARCEL y a su colaborador el Dr. J. C. MUELLE la tarea de hacer lo propio en su país, especialmente en lo que se refiere a la costa; su obra sería completada por el Dr. SORIANO INFANTE y el Sr. RAFAEL LARCO HOYLE en el Callejón y resp. la parte

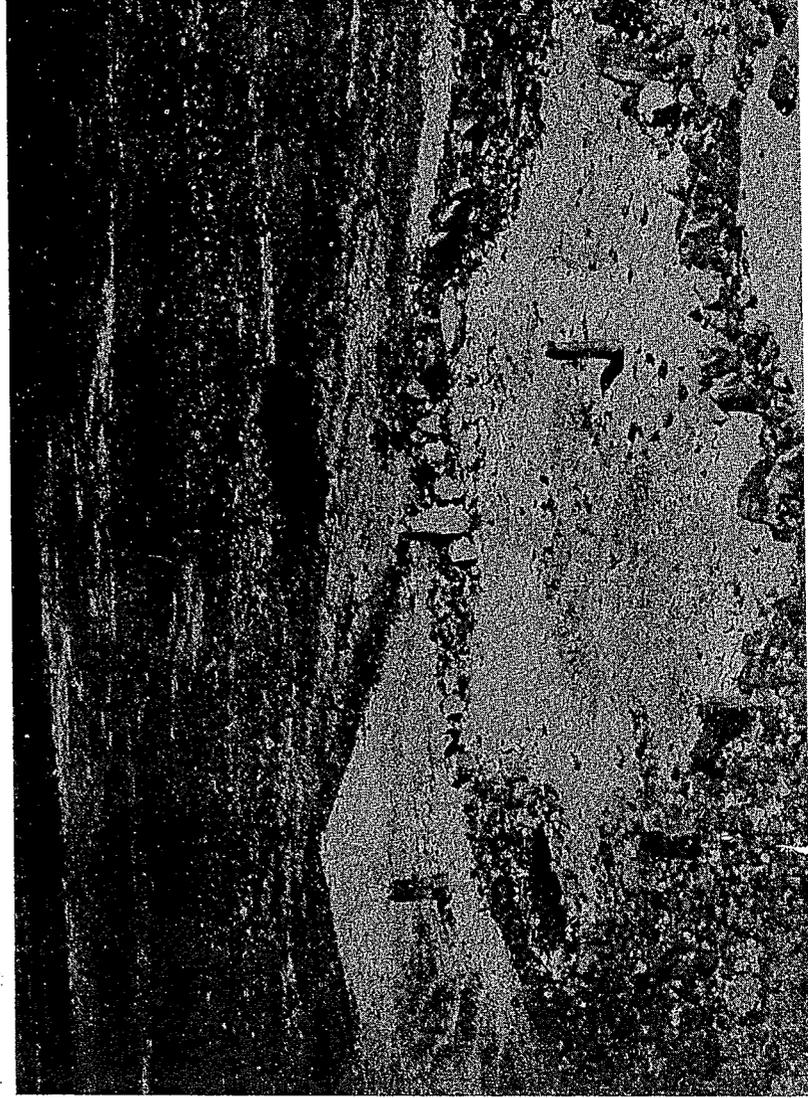
florecieron en Bolivia, siendo el de Tiahuanaco el desarrollo progresivo más alto, mientras las formas de la costa pacífica del Perú representan las menos elaboradas y por lo tanto las más genuinas.

Por lo que concierne al territorio argentino, el Tucumán, al que tan erróneamente Markham en época ya lejana atribuyó el papel de zona de origen de su famosísimo “*megalithic people*”, justo es reconocer que los monolitos de Tafi deben ser interpretados como jalones del límite meridional de la difusión andina de esas estructuras.¹

norte costera; otro tanto pertenece, en la región montañosa, al Dr. LUIS PARDO y a sus compañeros del Instituto Arqueológico del Cuzco.

En general, la tarea puede definirse por sus tres momentos: exploración del territorio correspondiente y relevamiento de los campos arqueológicos desconocidos; revisión y metódico relevamiento definitivo de los monumentos ya conocidos de manera más o menos vaga, o ya relevados en forma incompleta; reconstrucción de las estructuras cuyos elementos se encuentran ahora en las salas de los museos, y repertorio de las que han sido mencionadas en la literatura, ya sea de cronistas como de viajeros, aprovechando en este último caso las eventuales fotografías o bosquejos manuales.

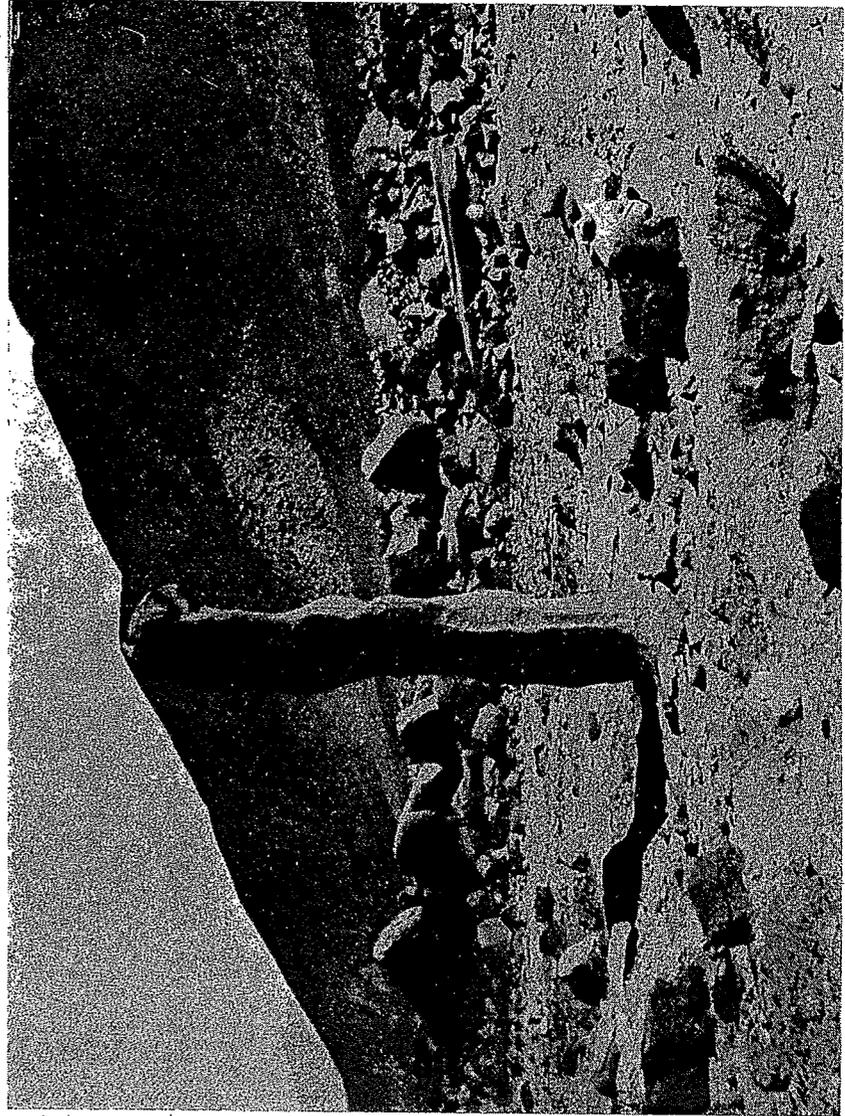
(1) Comunicación presentada en la sesión del día 25 de septiembre de 1940. Dibujos realizados por Eduardo Ríos. Fotografías del autor.



Vista general de las dos estructuras de Queneto. En primer plano el recinto B y en el fondo el recinto A.



Arriba, monolitos que cierran el lado Norte del recinto B. — Abajo, monolitos del lado oriental del mismo.



Monolito del recinto B de Queneto.



Vista general del pequeño valle a izquierda del río Fortaleza, con los restos de antiguas estructuras.